

hemos creído conveniente empezar por manifestar las degeneraciones de que son susceptibles en sus germinaciones los cereales, y por hacer saber las alteraciones y adulteraciones, que las harinas sufren; para poner después en claro los efectos que aquellas producen sobre la economía como parte integrante del pan, y algunos de los medios que tenemos para manifestarlas, evitar y corregir su insalubridad; entrando después de esto en las que experimenta el pan ya confeccionado, y los experimentos prácticos que la ciencia posee para probar la acción nociva, no sólo para el hombre si que también para el irracional; concluyendo por último en fijar las condiciones del pan saludable.

UN POSIBILISTA... DE PROLONGAR LA VIDA.

(Se continuará.)

ESPLIQUEMOS.

Harto desdichado ha sido el efecto que el artículo titulado «En el Teatro» ha producido en el pueblo.

Un exceso de susceptibilidad, digna de elogio quizá, pero sobrada, ha hecho creer á muchos que en él hemos tratado de injuriar al pueblo, idea que no podemos dejar pasar en silencio, porque no ha sido ese nuestro ánimo.

¿Cómo sería posible que tal hicieramos, cuando en el pueblo vivimos, y en el pueblo tenemos amigos y afecciones? ¿Quién puede creerlo así? No; lo repetimos, es demasiada nuestra simpatía hacia el pueblo para tratar de injuriarlo, máxime cuando alguno de nosotros mismos pertenecemos á él, y seríamos también ofendidos.

Hemos tratado de censurar el vicio, y como nuestro oficio es mucho más noble que el de delator, no citamos á los culpables y por esto hemos hablado en abstracto no suponiendo que ninguna persona no culpable se diera por aludida. Quizá la forma sea un tanto fuerte, pero también lo son las faltas observadas y «A grandes males, grandes remedios». Todas las frases empleadas en el citado artículo se dedican única y exclusivamente á los autores de hechos punibles; así pues al asegurar «que hubo momentos en que nos creíamos entre las tribus rifeñas» era por los actos de algunos pocos, no de el público en general; y por si alguien al leer esa frase puede ver en ella ofensa para todo el pueblo, desde luego la explicamos; en la forma dicha y aun la retiramos si es preciso.

Si supieran la mayoría de nuestros lectores los actos á que nos referíamos, convendrían con nosotros en la censura, y nos ayudarían en tal tarea que á todos interesa.

Lo dicho con respecto á la citada frase, hágase extensivo al artículo todo, y sepan pues todos aquellos que de dignos se precien, que sólo hemos tratado de los que faltos de educación son indignos de hallarse en sociedad.

Con esto, basta á nuestro entender para tranquilidad de todos.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El carnaval, la época de la locura, de las diversiones, se acerca.

¡Temblad! padres de niñas bonitas y casaderas. Jóvenes tímidas temblad ¡temblad! El Dios de la risa, prepara sus carcajadas más sonoras y se dispone á imitar al niño ciego para burlarse de vosotros. No le hagáis caso aunque su apariencia sea amorosa: huid de su lado sin tardanza, que cual la engañosa serpiente atrae fascinado al incauto pajarillo, os adormecerá con su engañosa risa sin que

de su engaño os deis cuenta, pero el despertar será terrible.

¡Ah! no me creáis. No debeis huir; el carnaval es necesario, y mi mayor pesar es que se agoste.

No es posible ser graves todo el año.

La caldera que aloja en sus entrañas el vapor que en virtud de su tensión potente mueve la carga con celeridad pasmosa, cual si ligera pluma fuese, necesita de salvadora válvula que en el preciso instante se abra para darle salida impidiendo así su destructor efecto.

Pues así la humana naturaleza, que sostiene todo el año lucha sin tregua para aparentar aquello que no existe, necesita más aun de su válvula salvadora; de su carnaval que con sus francas risas ahuyente el spleen que le incomoda, y al poner la careta sobre su rostro, permita separar la que usó durante mucho tiempo.

La alegría reina bajo el antifaz. El canto suena por do quiera. La música y el baile se abren paso. ¡Viva la alegría! ¡Viva el carnaval!

La desdicha nuestra es que el carnaval ha degenerado; de alegría ha pasado á borrachera; la broma se ha hecho insulto. Con razón os decía: ¡Temblad! ¡Temblad!

Ya no se habla de Londres.

Todo pasa en el mundo; vinieron llenas las columnas de los diarios de Madrid y del extranjero con los relatos más ó menos ciertos de los tumultos promovidos por la plebe inglesa, que ruge como todas cuando pide pan, porque el hambre es enemigo de la ternura; como toda necesidad es imperiosa. Ya todo es calma y nadie piensa en el socialismo.

Bien mirado, no merece nada en este mundo la preocupación más leve. Tiempo; eso sólo basta para vencerlo todo.

Circulan en Bayona, monedas de D. Carlos, y nótese allí agitación desusada en el elemento carlista que hace al *Imparcial* llamar la atención del gobierno.

Inútil me parece tal llamamiento: por muy confiado que el gobierno fuese, desde la muerte del monarca debe estar prevenido para cosas tales.

Afortunadamente, el Sr. Sagasta es según fama hombre tranquilo y á quien no asusta nada por terrible que sea.

¿Se rasca ya la barba?

Nada ocurre que no sea pálido ante los preparativos electorales. Los partidos publican sus programas; los padres de la patria en embrión reparten promesas á montones y acosan al gobierno pidiéndole distritos.

Martos conferencia con Sagasta para lo mismo, y Sagasta cubriéndose con la sinceridad electoral trata de hacer su gusto y librarse de los pedigüños.

Desde que nos dedicamos todos á la política y al asomar el primer diente en nuestras encías, sale de nuestros labios el primer discurso ó la primera interpelección á la nodriza, este es un país feliz. Jóvenes con chichonera aspiran á los primeros puestos del estado y se ofenden con D. Práxedes por creer que ataca sus derechos si no los apoya.

¿Qué puede pasar que fije nuestra atención, si toda es poca para contar con los votos de que disponemos?

Lo peor es que si siempre en las elecciones hay bromazos, ¿qué será cuando estan tan cerca del carnaval.

En familia estuvimos el Sábado en el Teatro, viendo representar «La carcajada».

Obra es esta que requiere un actor de gran talento porque en él y no en la obra es donde se ha de buscar el mérito.

El Sr. Ortín desempeñó su papel con discreción y se hizo aplaudir de los pocos espectadores que allí estábamos. Los Sres. Baz, Mañas y Herrera estuvieron afortunados en sus papeles respectivos.

Y siento no poder hablaros de la representación de «La huérfana de Bruselas.» Pero según he oído, si los actores estuvieron bien en sus papeles, no lo estuvo todo el público, pues al decir de quien se halló en el Teatro, tuvo la autoridad necesidad de amonestar á alguno que se olvidó del sitio en que se hallaba.

También me dicen que en un palco una ó dos *individuas* se permitieron ciertas libertades.

Sr. Presidente; si hemos de poder llevar á tal sitio nuestras familias, menester es que la autoridad no guarde consideraciones de ningún género para arrojar del local á quien lo merezca.

Alguno quiso entrar por la fuerza y sin pagar billete.

¿No hay varas de fresno en la villa? Si las hay dádselas á los agentes de la autoridad, que esas son las mejores razones.

QUINTIN.

NOTICIAS GENERALES.

Tenemos noticia de que varios de nuestros lectores han supuesto que el artículo de nuestro número penúltimo en que tratábamos de las conversaciones oídas por nosotros en el Teatro la noche en que se representó «El Tanto por ciento» tenía por objeto censurar á dos individuos que son precisamente íntimos amigos nuestros.

D. José Cruz y Corral y D. Santiago Soria poseen sobrada ilustración para estar á cubierto de las sospechas de la gente cuerda. Pero precisamente por tratarse de ello y aunque nada nos han pedido convencidos plenamente de lo erróneo de tal creencia, para que nadie pueda hacer suposiciones injuriosas para ellos y odiosas para nosotros, les damos este testimonio de nuestro cariño.

A propósito de ello; dichos señores ó al menos el primero no estaban la noche citada en el Teatro. Pierden el tiempo pues los que han comentado nuestro artículo con fin tan malévolos.

LOS CAFÉS CANTANTES.

En época no lejana, el entusiasmo por los cafés llamados flamenecos no conoció límites. Desde el atolondrado joven al septuagenario anciano, desde el humilde obrero al orgulloso señor, todas las clases de la sociedad frecuentaron estos sitios palmoteando desde las mesas, como energúmenos, á los denominados artistas. Y hubo sacristan que esperando la hora de maitines confundió en su mente acalorada por los vapores del alcohol las del *Breva* con el rezo del coro; y vieja devota que pasó dos veces las cuentas de su rosario, entre confusa y agitada, dudando si contaría á su padre espiritual lo que había visto en el cantante; y doncella pudorosa que al volver del paseo mirara á través del cristal, ó por los intersticios de la puerta por ver si lograba descubrir algo que satisficiera su curiosidad.

Pero entonces era la edad de bronce del *cante jondo*. Hoy expulsado el baile de la escena, ese poderoso acicate del deseo, en vez del cuadro abigarrado, compuesto de *tocaor*, *bailaoras* y *cantaoras* ellas con sus pañuelos de múltiples colores, sus gestos picarescos y sus miradas húmedas; con su traje corto ellos marcándose en los travesaños de la silla, sólo ha quedado un piano y un escabel.